Bernardo Bucio

Por Daniela Albarrán

Bernardo Bucio sintió en el fondo de sus entrañas lo que él llama: la necesidad de ser. Esa sensación le escocía el cuerpo como fuertes y ensalivadas lenguas de fuego. No siempre le sucedía, a veces pasaban días, semanas, meses, incluso años sin sentirla, pero esta vez le llegó. Se sentó en su escritorio y comenzó a escribir.

Lo primero que hacía era nombrar a sus personajes, según él, de esa manera comenzaban a nacer. El nombre. De pronto tuvo la dificultad de ponerle uno. Se puso a pensar. *Sería hombre o mujer, tal vez un niño, no, no, un niño sería imposible. Mejor una mujer. La llamaré Lulú. Lulú como* Las edades de Lulú. *No, eso sería absurdo, ya está esa Lulú y no me interesa el tema de la inocencia*.

Siempre le había funcionado esa técnica, los nombres van primero, pero esta vez se le escapaba de las manos, de nuevo no sabía cómo nombrarlos. *Decidí empezar con el principal, porque siempre debe haber un principal ¿no? Miriam. ¿Cómo será Miriam? ¿Gorda, flaca, blanca, morena?* Bucio decidió que el aspecto físico se lo dejaría al lector.

Recordó que desde hace cinco años no publica nada en revistas, ni siquiera en un periódico. Se había quedado mudo y no se molestó en sacar esa necesidad de ser que solía mencionar con tanto ímpetu. *Ahora que lo pienso debería llamarle Necedad, porque en eso me he convertido, en un necio, ya ni puedo nombrar a mis personaje*s. Luego recordó a Miriam.

Bucio tomó un sorbo de su café mientras, con impaciencia, Miriam esperaba la llamada que iba a decidir su futuro. La llamada llegaría, ella estaba segura de eso, pero la espera es una tortura, peor incluso que la negación. La espera, en ese momento, podría equipararse con la muerte. *¿De quién será esa llamada? ¿De su esposo, de una relación amorosa, de un inesperado trabajo? Me gusta lo del inesperado trabajo.*

El teléfono cimbró como un temblor en su mesita de centro. Las manos de Miriam comenzaron a sudar, un frío le recorrió la espalda. Dejó que el teléfono diera dos timbres, temía que pensaran que estaba desesperada. Levantó el auricular. *¿Será una voz de mujer? ¿Le ofrecerán el trabajo de sus sueños?, sí.* Bucio siguió escribiendo para que no se le fuera la idea.

¿Diga? Doctora Miriam, le llamo de la agencia *Shunia Shop*, hace unos días tuve una entrevista con usted para lo del puesto *Senior* en Marketing, ¿lo recuerda? Oh sí, claro que lo recuerdo, dígame. *¿No se estará oyendo falso? No, mejor sigo, siempre hay que seguir hasta las últimas consecuencias.* Hemos revisado con mucho cuidado a todos los postulantes y nos gustaría tener una segunda entrevista con usted, si es que sigue interesada. Claro, pero necesito saber cuáles son las prestaciones que su empresa ofrece. Como verá, tengo mucha experiencia y me han hecho otras propuestas. Miriam no pensó en lo que acababa de decir. La verdad es que llevaba bastante tiempo sin trabajo, gran parte de su hoja de vida era mentira, sobre todo de la experiencia laboral, que en realidad era escasa, si bien su preparación académica era de excelencia.

¿Sí estará bien una llamada de trabajo? ¿Por qué no de amor? ¡Una llamada de amor!, eso siempre funciona. Bucio guardó el primer párrafo en una aplicación tipo *post it* que tenía en el escritorio de su ordenador. *¿Una llamada de amor o de desamor? Veamos.* Bucio se levantó de su asiento a tomar un poco de agua, la emoción de la llamada le dejó la boca seca.

Miriam preparaba la maleta porque esta tarde partiría con su esposo a la casa de sus padres. *¿Cómo se llamará él? ¿Cómo diablos le pongo? Bill. Suena a extranjero, pero en mi cabeza y en la de ella tiene cara de Bill.* Sería un par de semanas, su padre no se encontraba bien, además su esposo y su padre se llevaban de maravilla. Mientras esperaba la llamada de Bill para verse en el aeropuerto, echó en la maleta, aparte de la ropa, un balance de su vida. Todo era perfecto, tenía una



Ilustración: Gustavo Contreras

carrera exitosa como fisioterapeuta y un marido al que amaba casi con locura. No habían tenido hijos porque no eran de esas parejas. Les gustaba disfrutarse el uno al otro. Sí, eran felices.

Miriam estaba saboreando su felicidad cuando sonó el teléfono. *¿Será que deben ser felices por siempre? De ser así, cuál sería el fin fatal; la muerte del padre de Miriam sería un buen pretexto para unir más a la pareja.* Escuchó una respiración agitada. Miriam, no puedo. No puedo ir contigo a casa de tus padres. ¿De qué hablas, Bill?, ya tengo todo listo. Espero que hayas comprado a tiempo los boletos de avión. Si no los compraste, cielo, tendremos que manejar y sabes que son varias horas. Miriam, tienes que entender que no puedo, estoy hablando en serio. Conocí a alguien más. ¿Cómo que a alguien más?, estás loco, esto es una broma, ¿verdad? Ya no soporto esta situación, no puedo mentirte más. *Ahora sí que estoy disfrutando la historia.* Te amo, te amaba, no sé qué pasó, fueron los años, fue que me enamoré de otra persona, lo siento. Silencio. El corazón de Miriam se congeló junto con la voz. No podía responder. Cómo responde una mujer ante una confesión así, ¿con dolor, con enojo, con furia? Bucio comprendió que no sabía cómo resolver la situación. Al menos no en ese momento.

¿Por qué no puedo terminar ninguna historia? Seguiré con el trabajo de Miriam. Releyó el inicio de su historia y se dio cuenta de que no sabía cómo darle continuidad, pero lo intentaría. *Ok, veamos.* Entiendo, doctora, y me parece excelente que usted se tome un tiempo para reflexionar sobre tomar esta gran oportunidad que le ofrecemos. Además del insuperable sueldo que le proponemos, también podrá hacer muchos viajes de negocios. Nuestra empresa radica en Silicon Valley, pero tiene varias sedes en distintos lados de México y del mundo. Canadá, Inglaterra, España, Singapur y China, sólo por mencionar algunos. Aparte de eso, estamos dispuestos a ayudarla a conseguir un crédito con la constructora de su preferencia para que no tenga problemas de vivienda y se mude con su familia, si así lo decide. Como ve, somos una excelente opción. Miriam lo pensó unos segundos y accedió a la segunda entrevista con la certeza de que, pasase lo que

pasase, ella aceptaría. Sabía que una oportunidad así no se le volvería a presentar en la vida.

De nuevo, Bucio comenzó a dudar. *¿Qué pasará con Miriam?* De pronto esa historia se le antojaba demasiado sosa, incluso irreal, era mejor, tal vez, que todo sucediera por amor. Miriam siguió en silencio unos segundos. Bill comenzó a angustiarse por su silencio y al fin lo rompió. Tienes que venir, por favor, ven. Esto no puede ser, Bill. Tú y yo nos amamos, nos hemos amado desde que íbamos en la universidad, desde hace casi veinte años, no puedes hacerme esto, hemos pasado una vida juntos, tenemos una casa, amigos, compartimos todo. No puede ser, no puedo creer que me estés dejando. ¿Quién es ella? Es que no lo entiendes, Miriam. No, no, no puede ser, no me comprendes. Te amo, o no sé. Perdóname. No me da la gana perdonarte, por favor, ven, tienes que venir ahora. Podemos arreglarlo, entiendo que te hayas enredado con alguna jovenzuela, lo comprendo bien. No, Miriam, no hay tiempo, no tengo tiempo. Lo que hice es terrible. ¿De qué hablas Bill, por Dios!, todas las parejas tienen sus amoríos, cielo, te perdono, pero, por favor, ven. Es que no comprendes, Miriam. No puedo irme, porque a la persona con la que me iré le queda poco tiempo. ¿Cómo que poco tiempo? ¿Está enferma? Acaso me estás pidiendo una especie de licencia, un año sabático, ¿nos separamos en lo que muere tu amante? Dime quién es, por favor. ¿La conozco? ¿Es amiga nuestra, es alguien de tu trabajo? Por favor, habla de una vez. Sí, es alguien que conoces bien. ¿Entonces dime inmediatamente quién es ella? Es que no es ella, es él. De pronto, Miriam sintió cómo el mundo se le caía a pedazos, años, frente a sus ojos y no lo había visto. Se sintió asqueada, ultrajada, enferma. ¡Su padre? Colgó.

Se sentó en el sofá que él les había regalado cuando se casaron, y con varias retapizadas a lo largo de los años. No supo qué hacer. Bucio tampoco sabía qué más hacer, qué podía hacer Miriam al respecto, sintió que él era el monstruo que había creado a Bill y al padre de Miriam y quiso remediarlo. *Me siento tan cansado, pero quiero terminar con la historia de Miriam. A ver Miriam, ¿qué vas a hacer ahora?* A veces se ponía a hablar con sus personajes, las pocas amistades que tenía lo habían orillado a eso. Miriam lo decidió sola. Sintió un impulso verdadero, de esos que se sienten una vez en la vida en los momentos extremos. Caminó alrededor de su casa, vio todo, tocó todo con la mirada, por última vez. Bucio tomó las manos de Miriam y le dio una botellita. Toma, Miriam, ya no sufras. Y perdóname. Miriam abrió la botellita y obedientemente cerró los ojos, la bebió. Se tumbó en el sofá y dejó de sufrir. Pero Bucio no, ahora se sentía culpable y terriblemente deprimido. Quería llevar a otro lado a Miriam. Siguió con la otra historia:

Miriam fue a la entrevista de trabajo, la recibieron con mucha amabilidad e interés, le gustó eso. Le dijeron que era la oportunidad de su vida y, aunque ella lo sabía, aún quería que aumentaran su oferta. Lo hicieron, a su sueldo inicial le sumaron varios dólares y finalmente aceptó. Estaba tan contenta que no cabía en su cuerpo del gozo. Se despidió de todos. El lunes próximo comenzaría a trabajar con ellos. Salió del gran edificio de *Shunia Shop*. Le estaba escribiendo un mensaje a su madre, ella tenía que ser la primera persona en saberlo. Se sentía invencible. Al salir no observó la calle. Bucio se preguntó por qué tendría que ser tan fatalista todo lo que escribe, ¿desde cuándo se volvió un asesino tan devoto? Sólo se escuchó el derrapar de un auto y un grito en la acera. Miriam cayó al suelo, en su celular sólo alcanzó a escribir: Mamá, tengo una gran noticia. No logró enviarlo. Murió al instante. La policía arribó al lugar, el auto no se dio a la fuga. El chofer era corpulento, de unos cuarenta y muchos años. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. El policía le preguntó su nombre: Bernardo Bucio. Edad: 48. Ocupación: Escritor.



Daniela Albarrán es licenciada en Letras Latinoamericanas por la UAEM. Ha publicado cuentos en *Monolito*, *Plástico* y tiene una columna dominical en *Viceversa Noticias*. Recientemente publicó la noveleta *La ciudad se camina de noche* y la plaquete *La escuela* en las colecciones Invitación al incendio y Pasavante, respectivamente, que pertenecen a la revista *Grafógrafxs* de la UAEM.